

Además de este poder, les dió otro en secreto á fin de que si nada alcanzaban por medio de la persuasion, les suspendiesen del cargo que se les habia confiado, quedando ellos al frente del gobierno, asociados al licenciado Alonso de Zuazo.

Si Hernan Cortés hubiera tenido noticias de los acontecimientos operados en Honduras desde que envió á su pariente Francisco de las Casas contra Olid, sin duda que hubiera vuelto á Méjico para no confiar á nadie las riendas del gobierno; pero confiando en que los oficiales reales cumplirían con su deber, y creyendo triunfante á Olid, juzgó que su deber era marchar á castigar al rebelde.

Veamos nosotros, entre tanto que él se dirige á las Hibueras, el resultado que dió la expedicion enviada con Francisco de las Casas. El hidalgo caballero habia salido, como he referido ya, con poderes firmados por Cortés para prender á Olid y juzgarle. La escuadra salió de Veracruz, con buen tiempo, ostentando el pabellon de Castilla con las armas reales. Favorecida por vientos bonancibles, llegó sin contratiempo ninguno á una bahía llamada el Triunfo de la Cruz, donde Cristóbal de Olid tenia su armada. El pariente de Cortés colocó, al presentarse enfrente de la colonia, bandera de paz en los castillos de sus naves; pero recelando de su intento Cristóbal de Olid, lejos de manifestarse dispuesto á ella, preparó sus buques y su artillería para defender la entrada. Al ver la actitud hostil del rebelde capitán, Francisco de las Casas, que era caballero animoso y enérgico, mandó echar al agua los botes de los bergantines, y colocando en ellos lo mas granado de su gente, se dispuso á saltar á tierra á todo trance.

El combate se trabó bien pronto. Una de las carabelas de Cristóbal de Olid, fué echada á pique por las del deudo de Cortés, muriendo varios soldados del primero y saliendo heridos muchos mas. Cristóbal de Olid, que no tenia allí sino una ligera parte de su fuerza, pues la demás la habia enviado á diversas expediciones, comprendió que era preciso ganar tiempo, y levantó bandera de parlamento para entrar en negociaciones. La noche se acercaba, y Francisco de las Casas, proyectando desembarcar durante la oscuridad alguna gente por otro punto de la bahía, se manifestó dispuesto á entrar en negociaciones. Ambos esperaban sacar provecho de aquella suspension de armas, pues el pariente de Cortés habia recibido pocos momentos antes una carta de varios de los que se hallaban en el campo contrario. Le decian en ella, que procurase saltar en tierra por la noche, y que se unirían á él para prender al rebelde y prestar un servicio al rey. La suspension de hostilidades fué, sin embargo, favorable á Cristóbal de Olid, y funesta á Francisco de las Casas. Durante la noche se levantó una horrible tempestad, con un viento norte espantoso que arrojó los buques sobre la costa, haciéndolos pedazos. Armamento, víveres, todo fué á fondo. Los soldados nadando unos y valiéndose de los botes otros, procuraban salir á tierra: treinta se ahogaron, y los demás, incluso su valiente jefe, fueron hechos prisioneros por las fuerzas de Cristóbal de Olid, á medida que llegaban á la orilla. El rebelde y afortunado capitán hizo jurar á los soldados prisioneros, que combatirían contra cualquiera fuerza que enviase Hernan Cortés, y con esto quedaron aumentando su ejército. A

Francisco de las Casas y á otros oficiales les puso presos.

No le fué menos favorable la suerte con las expediciones que habia enviado los dias anteriores. Una de ellas se dirigió contra Gil Gonzalez de Avila, que habia ido de gobernador del Golfo Dulce y habia poblado una villa llamada San Gil de Buena-Vista. Cristóbal de Olid envió contra él á uno de sus capitanes, y á los dos dias de haber alcanzado el triunfo sobre la expedicion enviada por Cortés, entraba tambien prisionero Gil Gonzalez de Avila, con la poca gente que tenia.

Viéndose Cristóbal de Olid libre de competidores y con una fuerza respetable, escribió á Diego Velazquez, gobernador de Cuba, el favorable suceso en que los dos estaban interesados. Transcurridos algunos dias, trasladó su residencia á Naco, poblacion de bastante importancia, á donde llevó á los jefes prisioneros. Estos, que andaban libres, pues Cristóbal de Olid se preciaba de valiente, como lo era en realidad, y en vez de temerles se chancaba con ellos como si fuesen sus amigos, proyectaron matarle, y levantar la bandera por Hernan Cortés en nombre del rey. El plan se puso en ejecucion poco tiempo despues. Una noche, despues de haber cenado Cristóbal de Olid con Francisco de las Casas y Gil Gonzalez de Avila, quedaron, como tenian costumbre, hablando de empresas y descubrimientos. Los asistentes de Olid se habian retirado á cenar, y únicamente quedaron en el comedor los dos capitanes prisioneros á quienes habia vencido y algunos soldados de éste, pero que en su fondo querian á Hernan Cortés. Francisco de las Casas y Gil Gonzalez de Avila, que buscaban la ocasion oportuna



DON CRISTÓBAL DE OLID.

hacer prisionero de H. Cortés

Francisco de las Casas y á otros oficiales les puso preso. No le fué menos favorable la suerte con las exposiciones que había enviado los días anteriores. Una de ellas se dirigió contra Gil Gonzalez de Avila, que había sido gobernador del Golfo Dulce y había poblado una villa llamada San Gil de Buena-Vista. Cristóbal de Olid se opuso contra él á uno de sus capitanes, y á los dos días de haber avanzado al triunfo sobre la expedición enviada por éste, entraba también prisionero Gil Gonzalez de Avila con la poca gente que tenía.

Veniéndose Cristóbal de Olid libre de competidores y con una fuerza respetable, escribió á Diego Velazquez, gobernador de Cuba, el favorable suceso en que los dos estaban interesados. Transcurridos algunos días, trasladó su residencia á Naco, población de bastante importancia, á donde llevó á los jefes prisioneros. Estos, que andaban libres, pues Cristóbal de Olid se preciaba de valiente como lo era en realidad, y en vez de temerles se trataba con ellos como si fuesen sus amigos, proyectó mudarle, y levantar la bandera por Hernan Cortés en nombre del rey. El plan se puso en ejecución poco tiempo despues. Una noche, despues de haber cenado Cristóbal de Olid con Francisco de las Casas y Gil Gonzalez de Avila, quedaron, como tenían costumbre, hablando de empresas y descubrimientos. Los asistentes de Olid se habían retirado á cesar, y únicamente quedaron en el comedor los dos capitanes prisioneros á quienes había vencido y algunos soldados de éste, pero que en el fondo querian á Hernan Cortés. Francisco de las Casas y Gil Gonzalez de Avila, que buscaban la ocasion oportuna



DON CRISTOBAL DE OLID
Lugarteniente de H. Cortés

para matar al rebelde, creyeron que habia llegado el momento de realizar su pensamiento. Aunque se les habia prohibido cargar armas, llevaban oculto cada uno un cuchillo extraordinariamente afilado. El pariente de Cortés, en los momentos en que Cristóbal de Olid hablaba de los asuntos de Méjico, enteramente descuidado, se arrojó sobre él, y asiéndole de la barba, le metió el cuchillo por la garganta. Gil Gonzalez de Avila y los soldados adictos á Cortés, descargaron tambien sus escondidas navajas, hiriéndole en varias partes. Cristóbal de Olid, que era membrudo y de fuerza extraordinaria, no cayó á tierra, sino que logró salir de la pieza gritando: «aquí de los míos,» con ánimo de defenderse. Inmediatamente se presentaron varios de sus oficiales y soldados; pero viendo que Francisco de las Casas clamaba «aquí del rey y de Cortés contra este traidor,» nadie se atrevió á defenderle. Sabian que el pariente del caudillo español habia ido facultado por éste para prender á Olid, y al oír el nombre de su majestad y de Cortés, se creyeron en el deber de ponerse del lado de los leales á la corona. Operado este cambio, Francisco de las Casas mandó prender al usurpador, quien, viéndose abandonado de todos, logró esconderse entre los matorrales del campo. Francisco de las Casas y Gil Gonzalez de Avila publicaron en nombre del rey un bando, imponiendo la pena de muerte á quien sabiendo donde estaba Olid no lo entregase. Pronto fué aprehendido. Inmediatamente se le formó proceso, y fué condenado á la pena capital. Se levantó un tablado en medio de la plaza de la villa de Naco, y el sentenciado jefe caminó hácia el patíbulo con la misma serenidad con

que habia marchado siempre á los combates. Subió con paso firme al sitio de la ejecucion, y poco despues su cabeza cayó sobre el pavimento, cortada por el hacha del verdugo.

Muerto Cristóbal de Olid, Francisco de las Casas y Gil Gonzalez de Avila reunieron sus soldados, y reinando entre los dos la mayor armonía, fundó y pobló el primero á Trujillo, nombre de la ciudad de España en que habia nacido, y el segundo envió mensajeros á San Gil de Buena-Vista, que tenia poblada. Los dos capitanes, despues de arreglar todo lo conveniente á la colonia, dejaron sus tenientes en las respectivas poblaciones, y emprendieron su marcha á Méjico, para poner en conocimiento de Cortés lo acaecido.

El caudillo español ignoraba lo que referido queda, y salió para las Hibueras cuando aquéllos se dirigian á darle parte del triunfo alcanzado sobre Olid.

Las dificultades del camino se empezaron á palpar desde que el ejército salió de la villa de Goazacoalco. El terreno se hallaba cubierto de ciénagas y rios que se pasaban, ya á vado, ya á nado, ya por medio de puentes, segun el caudal de agua que tenian. La primera jornada fué á Tonalá, pueblo distante ocho leguas de Goazacoalco. Continuando la marcha hácia Ayagualulco cruzó en canoas un profundo rio, encontrando despues otro no menos caudaloso, que se llegó á pasar de la misma manera. Los soldados se enterraban hasta la rodilla en el terreno, fangoso, y los ginetes, desmontando de los caballos, los llevaban de la brida para que se fatigasen menos. El ejército, cubierto de sudor y de lodo, llegó á un estero que

entraba en el mar, y cuyo paso presentaba grandes dificultades. Presentaba el rio una milla de anchura y se carecia de canoas para pasarle. Hernan Cortés mandó hacer un puente, encargando al capitan Francisco de Medina, hombre apto y muy querido de los indios, que se construyese con la solidez necesaria, á fin de que no aconteciese desgracia ninguna. La obra se empezó con actividad, y el ejército pasó por aquel puente que tenia, dice el conquistador en su quinta carta á Carlos V, «novecientos treinta y cuatro pasos» de largo, y que «fué cosa bien maravillosa de ver.» Pronto se encontraron en Copilco, ciudad que llevaba el mismo nombre que la provincia. Abundante en cacao, en algodón, en pesca y fruta, presentaba un terreno fangoso, cubierto de pantanos y de ciénagas que en tiempo de lluvias sólo se podian cruzar en canoas. Bastará decir, para que el lector pueda formar una idea de los obstáculos que se presentaron á los expedicionarios en su marcha por esta sola provincia, que en las veinte leguas que de ella atravesaron, «se construyeron, dice Hernan Cortés, mas de cincuenta puentes.»

Las penalidades del ejército aumentaban á medida que avanzaba. Con dificultad se encontraba maíz por los cortos y distantes pueblecillos por donde pasaban, pues los habitantes únicamente sembraban el muy preciso para mantenerse. Por fortuna todas esas diseminadas aldeas se manifestaban pacíficas, y aunque algunos habitantes, temerosos de recibir algun daño, huian, otros se acercaban bondadosamente y servian de guias, facilitando sus canoas para el paso de algun estero ó rio (1).

(1) Prescott dice «que los nativos frecuentemente á la aproximacion de los

Al pasar de la provincia de Copilco á la de Zaguatan, Hernan Cortés se encontró con que los naturales, no haciendo nunca sus viajes sino por agua, ignoraban el camino que pudiera llevarse por tierra. El caudillo español envió á varios de sus soldados con algunos indios á descubrir el camino, «y descubierto, dice el conquistador, abrirle por donde pudiésemos pasar, porque era todo montañas muy cerradas.» Despues de penosos trabajos y fatigas, lograron al fin encontrar un paso, aunque en extremo difícil, en que, «además de las montañas, habia muchas ciénagas muy trabajosas.» La constancia y la fortaleza de aquellos hombres de hierro, lo venció todo. Se hicieron nuevos puentes, y el ejército pudo salir de los pantanos y desfiladeros por donde nunca habia cruzado ninguna persona. No bien acababan los expedicionarios de verse libres de los obstáculos que parecian insuperables, cuando se encontraron cortada la marcha por el po-

españoles quemaban sus chozas, dejando solamente á los exhaustos aventureros un monton de humeantes escombros.» Esto ciertamente que hace resaltar las penalidades sufridas por Cortés y sus compañeros, dando mas interés á la relacion; pero yo he creido mas acertado seguir á Hernan Cortés y á Bernal Diaz, quienes hasta el punto en que nos hallan los sucesos, presentan á los indios sin cometer hostilidad ninguna. El soldado cronista, al hablar de las provincias que habian pasado y refiriendo lo que pasaba en la de Copilco y Chontalpa, dice: «estaba toda muy poblada y llena de huertas de cacao, y muy de paz.» Hernan Cortés, manifiesta, refiriéndose á la misma provincia de Copilco, que él llama Cupilcon, en que hizo el largo puente, afirma «que la gente estaba algo pacífica, aunque temerosa por la poca conversacion que habian tenido con españoles. Quedaron con mi venida mas seguros, y sirvieron de buena voluntad así á mí y á los que conmigo iban, como á los españoles á quienes quedaron depositados.»

tente rio de Guezalapa, que es uno de los brazos que entran en el de Tabasco. Cortés envió varios españoles á Tabasco y Cunoapá, pidiendo á los caciques que le enviasen por el rio las canoas que les fuese posible, para que el ejército pasase, y con suficientes víveres. «Así lo hicieron, dice el conquistador en su quinta carta, y cumplieron muy bien, como yo se lo envié á rogar.»

Abriendo caminos por donde nunca habia cruzado sér ninguno humano, en cuya obra ayudaron perfectamente doscientos indios que habian ido en las canoas enviadas de Tabasco, continuó el ejército su penosa marcha, fatigado y lleno de privaciones.

Las dificultades que presentaba el camino se hacian cada vez mas insuperables. Las tropas permanecieron en una poblacion por espacio de veinte dias, sin poder encontrar sendero para llegar á Chilapa, que era el afan de Cortés. «En todos esos veinte dias, dice el caudillo español á Cárlos V, no cesé de buscar camino que fuese para alguna parte, y jamás se halló chico ni grande: antes por cualquier parte que salíamos alrededor del pueblo habia tan grandes y espantosas ciénagas, que parecia cosa imposible pasarlas.» Casi se habian agotado entre tanto los bastimentos, y el hambre se dejaba sentir terriblemente. Era preciso salir de aquel cerco de ciénagas para no perecer de necesidad. Hernan Cortés, resuelto á avanzar y á no retroceder jamás ante los obstáculos, dispuso hacer un extenso puente que salvase la profunda y ancha ciénaga que se oponia al paso. Por fortuna abundaban los bosques, y sin pérdida de momento se empezó á poner por obra el pensamiento. Los soldados y los capitanes españoles se